

La luz del mundo

Derek Walcott

Traducción: Jesús Medina Guilarte

Kaya now, got to kaya now
Got to have kaya now,
For the Rain is falling
Bob Marley

Marley retumbaba en el estéreo del bus
y la belleza tarareaba los coros suavemente.
Yo podía ver los puntos en los que la luz irradiaba y definía
las partes más planas de su mejilla;
si este fuera un retrato, dejarías los claros para el final, estas luces
hacían sedosa su piel negra; yo le habría puesto un zarcillo,
algo simple, un buen oro, como contraste, pero ella
no llevaba ninguna clase de joyería. Imaginé un olor dulce
y poderoso emanando de ella, como si viniera de una pantera inmóvil,
y la cabeza no era otra cosa sino heráldica.
Cuando dirigía su vista hacia mí, y luego la apartaba educadamente,
porque mirar fijamente a cualquier extraño es de mala educación,
lucía como una estatua, como una Libertad
Guiando al Pueblo de Delacroix negra, los ligeramente abultados
blancos de sus ojos, la boca de ébano tallado,
el peso del torso sólido, y femenino,
pero gradualmente plano que se fundía con el crepúsculo,
excepto en la línea de su perfil, y la mejilla iluminada,
y pensé, Oh Belleza, ¡tú eres la luz del mundo!

No sería la única vez que habría pensado esa frase
en la buseta que zumbaba entre Gros-Islet y el Mercado, con su polvillo de carbón
y los restos de vegetales esparcidos por el piso de las compras sabatinas,
y las licorerías retumbantes, afuera de cuyas puertas resplandecientes
veías mujeres borrachas sobre el pavimento, la más triste de todas las cosas,
terminando su semana abruptamente, terminando su semana poco a poco.
El Mercado, mientras cerraba en esta noche de sábado,
recordaba una infancia de lámparas de gas errantes
colgadas en los postes de las esquinas, y el viejo rugido
de vendedores y tráfico, cuando el encargado de encender las lámparas trepaba,
colgaba la lámpara en el poste y se movía al siguiente,
y los niños volvían sus rostros hacia la polilla, con ojos tan blancos como sus camisones; el Mercado
en sí mismo estaba cerrado en su caótica oscuridad,
y las sombras peleaban por pan en las tiendas,
o peleaban por la formal costumbre de pelear
en las licorerías eléctricas. Recuerdo las sombras.

La van lentamente cubría el cada vez más oscuro almacén.
yo estaba sentado en la fila delantera, no tenía necesidad del tiempo.
Miraba a dos muchachas, una con un corpiño amarillo,
shorts amarillos, y una flor en el pelo,

y deseaba en paz a la otra, menos interesante.
Esa noche había caminado las calles de la ciudad
donde nació y creció, pensando en mi madre
con sus canas teñidas por el crepúsculo¹,
y en las casitas de techos inclinados que lucían perversas
en su entrevero; yo había dirigido mi mirada atenta hacia las salas de estar
con persianas a medio cerrar, hacia la mueblería opaca,
sillas Morris, una mesa central con flores de cera,
y la litografía del Sagrado Corazón de Cristo,
buhoneros aún vendiendo a las calles vacías-
dulces, nueces, chocolates esponjosos, pasteles de nuez, mentas.

Una mujer con un sombrero de paja sobre su pañoleta
cojeaba en dirección a nosotros con una cesta; en algún lugar,
a alguna distancia, había una cesta más pesada
que ella no podía cargar. Había entrado en pánico.
Le dijo al chofer: “pas quittez moi a terre”
lo que, en su patois, quiere decir: “no me abandones”,
lo que es, en su historia y la de su gente:
“no me dejes en la tierra”, o, por medio de un cambio de acento:
“no me dejes la tierra” (en herencia);
“pas quittez moi a terre, bendita buseta,
no me dejes en la tierra, ya he tenido suficiente de eso”
el bus cubrió la oscuridad con sombras pesadas
que no serían dejadas en la tierra; no, que serían dejadas
en la tierra, y que tendrían que arreglárselas.
El abandono era algo a lo que se habían acostumbrado.

Y yo los había abandonado, sabía que ahí
sentados en la buseta, en el apacible crepúsculo del mar,
con hombres inclinados en sus canoas, y las luces naranjas
del promontorio Vigie, botes negros en el agua;
yo, que nunca pude solidificar mi sombra
para convertirme en una de sus sombras, les había dejado su tierra,
sus peleas por ron blanco, y sus sacos de carbón,
su desprecio por los oficiales, por cualquier clase de autoridad.
Estaba profundamente enamorado de la mujer en la ventana.
Quería irme a casa con ella esta noche.
Quería que tuviera la llave de nuestra pequeña casa
de playa en Gros-llet; quería que se pusiera
un camisón blanco que se vertiera como agua
en las negras rocas de su pecho, quería
simplemente acostarme a su lado cerca del anillo de una lámpara de latón,
con una mecha de kerosene, y decirle en silencio
que su pelo era como una colina boscosa en la noche,
que un hilillo de ríos estaba en su axila,
que podía comprarle Benín si le placía,
y que nunca la dejaría en la tierra. Pero a los otros tampoco.

Porque sentí un gran amor que podía llevarme a las lágrimas,
y una pena que me quemaba los ojos como una ortiga,
temía empezar a sollozar de repente
en el transporte público con el Marley sonando,

¹. En el original, “tinted by the dyeing dusk”, juego de palabras intraducible. “Dyeing” hace referencia aquí a aquello que tiene la capacidad de teñir. Sin embargo, la palabra es homófona con “dying” (moribundo). Esta ambigüedad sonora (quizás más que intencionada) lamentablemente no puede ser trasladada al español.

y un niño mirando con atención por sobre los hombros
del chofer y de mí las luces que venían,
la prisa de la carretera en la oscuridad del pueblo,
con lámparas en las casas de las pequeñas colinas,
y cúmulos de estrellas; yo los había abandonado,
los había dejado en la tierra, los dejé para que cantaran
canciones tristes de Marley tan reales como el olor
de la lluvia en la tierra seca, o el olor de la arena húmeda,
y el bus se sintió cálido con su vecindad, su consideración, y las educadas despedidas
bajo la luz de las lámparas.

En el estruendo,
en la música de sordo sollozo, la fragancia afirmadora
que manaba de sus cuerpos. Quería que el bus
siguiera avanzando por siempre, que nadie descendiera
y deseara buenas noches bajo los rayos de las lámparas
y emprendiera el camino torcido hacia la puerta iluminada,
guiados por luciérnagas; quería que la belleza de ella
se adentrara en la calidez de la madera amable,
en el golpeteo aliviado de los platos esmaltados
en la cocina, en el árbol del jardín,
pero llegué a mi parada. Afuera el hotel Halcyon.
El lounge estaría lleno de transeúntes como yo.
Luego caminaría hacia arriba de la playa con la espuma marina.
Me bajo de la van sin decir buenas noches.
Buenas noches estaría cargado de un amor inexpresable.
Ellos siguieron en su buseta, me dejaron en la tierra.

Luego, unas cuantas yardas más adelante, la van se detuvo. Un hombre
gritó mi nombre desde la ventana.
Caminé hacia él. Extendió su mano hacia afuera sosteniendo algo.
Un paquete de cigarrillos se me había caído.
Me lo dio. Me volví, ocultando mis lágrimas.
No había nada que quisieran, nada que pudiera darles
sino esta cosa que he llamado "La Luz del Mundo".